

consonni

**Alba
Dalmau**

Si una familia

TRADUCCIÓN
Gemma Deza Guil



«Poco a poco, con pasos cadenciosos pero seguros, la escritora Alba Dalmau (Cardedeu, Vallès Oriental, 1987) ha ido construyendo una obra consistente que la sitúa entre las voces más interesantes de la literatura catalana contemporánea. Su última obra es *Si una familia*, una novela que destila su habitual sabiduría narrativa, salpicada de humor y humanidad, para tejer el relato más complejo de su trayectoria, con el que trastoca y cuestiona el concepto de familia».

—Xavier Aliaga, *El Temps*

«Alba Dalmau explica de manera sencilla y clarividente aquello que parece imposible: las relaciones humanas, que, al fin y al cabo, no son nada más que la relación con nosotros mismos. Uno de los grandes temas de la literatura universal. Y lo hace sin perder ni un ápice de verosimilitud y profundidad. Por eso es única y extraordinaria. Por eso cuando llegas a la última página tienes la certeza de que, definitivamente, sí, la familia se elige, y en este escoger hay implícito todo un corazón desbocado de amor e incondicionalidad».

—Helena Batlle, *L'Escriba*

«En las antípodas de la convencionalismos, como si se hubiera propuesto demostrar que salir de una familia, hacer otra y acostumbrarse a los nuevos magmas afectivos no presenta ninguna dificultad, *Si una familia* no decepciona en ningún momento, entre otros motivos porque Alba Dalmau no demuestra nada, tan solo narra como si fuera un reclamo humorístico y sentimental las incógnitas de una manera distinta de relacionarse entre los miembros de una tribu acabada de crear». —Ponç Puigdevall, *El País*

«Los lectores que hayan tenido la perspicacia de leer libros anteriores de Alba Dalmau, ya saben qué descubrirán en la audacia novelesca de *Si una familia* —al fin y al cabo, otra manera de entender la saga como género literario—: que se trata de una autora con el gusto de perseverar heroicamente en la voluntad de no fallar nunca —o poquísimo— en la construcción de sus ficciones».

—Ponç Puigdevall, *El País*

«La autora construye en este libro comunidades inesperadas y cambia la institución por excelencia, abriendo la puerta a nuevas maneras de relacionarse y estimarse».

—Eli Don, *Diari de Barcelona*

«Alba Dalmau escribe sobre la realidad que nos rodea eligiendo los temas más actuales, pero con una gran dosis de fantasía, genio y felicidad literaria. Su narrativa fluye con transparencia y gran oficio desde la primera página, desplegando un dominio de escenas admirables. Leer *Si una familia* es una aventura y una afirmación vital y juguetona sobre los vínculos que hacemos con nuestro entorno. Y es que hay tantos modelos de familia como personas y miradas sobre las relaciones».

—Vilaweb

Si una familia

Alba Dalmau (Cardedeu, 1987) es licenciada en Comunicación Audiovisual y máster en Creación Literaria por la Universitat Pompeu Fabra. En 2017 publica la colección de cuentos *Estàndards* (Angle), ganadora del Premio Literario Vila d'Ascó. En 2019 publicó *El camí dels esbarzers* (Angle) y, en 2021, la novela *Amor i no* (Angle), ambas muy bien recibidas por la crítica y con diversas ediciones. En 2023 publicó la novela corta *Ho, ho, ho: una altra història de Nadal* (Univers). En 2020 se estrenó en literatura infantil con *Capgirat* (Bindi Books), un álbum ilustrado por Cinta Vidal; en 2022 publicó *En Parallamps*, ilustrado por Berta Cusó y, en 2025, la novela infantil *Un abric vermell*. Actualmente es profesora de Narrativa en el Ateneu Barcelonès.



Si una familia

Alba Dalmau

Traducción de Gemma Deza Guil

consonni

Autoría **Alba Dalmau Viure**
Traducción del català **Gemma Deza Guil**
Corrección **Amelia Pérez** y **Sonia Berger**
Diseño de colección **Rosa Llop**
Maquetación **Antonis Antoniou**
Imagen de cubierta **Cinta Fosch**
Impresión en Galiza **Cosmos Gráfico**

Edición **consonni**
C/ Conde Mirasol 13-LJ1D
48003 Bilbao
www.consonni.org

Primera edición en español:
abril de 2026, Bilbao

ISBN: 978-84-19490-78-0
Depósito legal: BI 00323-2026

Edición original en català: *Si una família*, Angle Editorial,
2025
© Llibres del 9 Angle SL & Alba Dalmau, 2025.
Esta edición negociada con SalmaiaLit, Agencia Literaria.
© de la traducción, Gemma Deza Guil, 2026
© de la imagen de cubierta, Cinta Fosch, 2026
© de esta edición, consonni ediciones, 2026

Esta obra ha recibido una ayuda a la producción editorial
literaria del Departamento de Cultura y Política Lingüística
del Gobierno Vasco.
La traducción de la obra ha recibido una ayuda del Institut
Ramon Llull.

LLLL institut
ramon llull

consonni es una editorial interdependiente con un espacio cultural en el barrio bilbaíno de San Francisco. Desde 1996 producimos cultura crítica y en la actualidad apostamos por la palabra escrita y también susurrada, oída, silenciada, declamada; la palabra hecha acción, hecha cuerpo. Ambicionamos afectar el mundo que habitamos y afectarnos por él. Escrito en minúscula y en constante mutación, consonni es una criatura andrógina y policéfala, con los feminismos y la escucha como superpoderes. Nos la jugamos en las distancias cortas.



If you cannot get rid of the family skeleton, you
may as well make it dance.

—GEORGE BERNARD SHAW

Dicen que los lazos de sangre no se convierten
nunca en agua, pero se ve que el agua sí puede
convertirse en sangre.

—MANON STEFFAN ROS, *El Libro Azul de Nebo*

Septiembre, 2014

Me agito la melena delante del espejo. Grandes ondas espesas y rubias me caen sobre los hombros. Tendría que cortármela. No es un peinado cómodo para una azafata de vuelo. Por contrato, tengo que hacerme un moño o una trenza durante el servicio. Sería poco profesional meter las puntas del pelo en una taza de café como quien moja un pincel en agua sucia. Me divido el pelo en tres secciones y empiezo a entrecruzar los mechones generosos hasta que me queda una trenza bien tirante que me llega al final de la espalda. Nunca me haría este peinado fuera del trabajo, ni me pondría este maquillaje, denso como una pared de yeso tras la cual esconderse. Los labios solo nos los podemos pintar de color rojo geranio o rosa palo, igual que las uñas. No están permitidas las extravagancias: ni tatuajes, ni piercings ni nada que

pueda llevar a los pasajeros a pensar que están a merced de una panda de irresponsables. Los uniformes están diseñados para transmitir que somos una familia conservadora, sensata y funcional: de ahí el azul marino, un color que no admite riesgos ni revoluciones. El cuello Mao es un grito ahogado que intenta decir que estamos al día, que somos modernos, pero sin pasarnos. Me gusta vestir de uniforme. Mientras me peino, me maquillo y me visto, siento que me voy convirtiendo progresivamente en alguien que no soy, que es justo lo que quería.

Tengo treinta y seis años y ya he perdido quince intentando ser demasiado yo a través de mis cuadros. En toda mi carrera como pintora he vendido seis pinturas, y la mitad por lástima, estoy segura. He conseguido pagar las facturas, el seguro del coche, los lienzos, los pinceles y la pintura gracias a servir canelones caseros, manitas de cerdo a la catalana y suprema de lubina al hinojo todos los fines de semana y festivos de la última década, hasta que llegó el día en que no pude más. No hace mucho que pasó. Una noche, mientras estaba ante el ordenador, vi un anuncio de un curso de azafata de vuelo. Ahí estaba. La oportunidad de cambiar de vida radicalmente en poco más de tres meses. Sin pareja ni hijos, ser auxiliar de vuelo era lo que siempre había querido, sin ser consciente de ello: me permitía viajar, tener tiempo libre para pintar y poner fin, por siempre jamás, a la precariedad que me ha acompañado desde que acabé los estudios. Además, servir a la gente no me desagrada y, si no me equivoco, este trabajo va más o menos de eso.

Salgo del lavabo de la sala de tripulantes transformada en azafata de vuelo por primera vez. Bueno, en realidad, por segunda vez; el primer vuelo fue anteayer: un Barcelona-Lima. Veinticuatro horas después, deshacemos el mismo

camino para regresar a casa: Lima-Barcelona. El resto de la tripulación ya está a punto. Seis auxiliares de vuelo, la sobrecargo, el jefe de cabina, el comandante y dos copilotos. No conozco a nadie. Una azafata veterana me dice que, pese a los años que hace que vuela, todavía hay trayectos en los que no conoce ni a un tercio de la tripulación. Antes de subir al avión, nos presentamos entre nosotros y hacemos el *briefing* del vuelo. No quiero decir mi nombre en voz alta. PALOMA. En este contexto, me avergüenza. Sé que sonará a broma infantil, justo hoy que quiero parecer más profesional que nunca. Quizá les puedo explicar que, cuando mi madre estaba embarazada, fue a una vidente y le dijo que algún día yo sería auxiliar de vuelo y entonces le pareció graciosísimo ponerme Paloma y ahora, finalmente, se ha cumplido la profecía. Por eso he decidido que me haré llamar Oma, aunque en la placa plateada del uniforme no me han permitido usar el diminutivo y mi nombre aparece grabado y en mayúsculas: PA-LO-MA. Cuando digo mi nombre en voz alta, me sorprende que nadie se inmute y continuamos: nos distribuimos los lugares que ocuparemos en el avión, repasamos cuántos pasajeros hay —entre ellos, tres con necesidades especiales y dos menores sin acompañante—, revisamos las medidas de seguridad, las salidas de emergencia y, acto seguido, nos dirigimos hacia el avión. Es un Airbus A330-200, con capacidad para 288 pasajeros. Cuando el avión está lleno, somos una microciudad a bordo, casi trescientas personas, cada una con su situación particular, desde bebés que van o vuelven de ser presentados a la familia al otro lado del charco hasta ancianos que van o regresan de su país quizá por última vez. También transportamos un muestrario bastante representativo de las distintas clases sociales, desde los empresarios de business, que ni nos saludan, hasta gente que ahorra toda la

vida para comprar este billete y que cuando entra en el avión nos da la mano emocionada.

Coloco el equipaje de mano en los armarios superiores de los pasajeros de mi zona –tres centímetros menos y no habría sido apta para este trabajo, el mínimo requerido para llegar al botiquín, a las botellas de oxígeno y los extintores es de 1,57 cm.

Acompaño a una niña de once años con los ojos vidriosos que viaja sola.

Reviso que todos los asientos de mi zona estén en posición vertical.

Que todas las persianas estén abiertas.

Que las mesas estén plegadas.

«Y el cinturón de seguridad, caballero, bien apretado, por favor».

Despegamos. Desde mi asiento veo a un hombre que hace la señal de la cruz en la frente, la boca y el pecho mientras reza en voz baja. No creo en Dios, pero me gusta saber que alguien lo hace en nombre de todos.

Cuando estamos a más de treinta mil pies, volando a velocidad de crucero, empezamos a servir la primera comida. Es un alivio que solo haya dos opciones: pollo o pasta, y que sea imposible hacer peticiones extraordinarias: que si la salsa aparte o el pollo sin piel. Mire, señora, o esto o aquello y, si no le gusta, cómase las uñas. Pero aquí nadie se queja. Todo lo que servimos es diminuto: las latitas de Coca-Cola, los botellines de vino, los vasos, los cubiertos, las bandejas... Tengo la sensación de que mi compañera y yo estamos jugando a cocinitas con adultos que fingen que todo va en serio. Hacen ñam-ñam mientras mastican aire y gluglú mientras beben de latitas vacías solo para que estemos contentas. En mi zona hay una chica que debe de tener unos quince años y

que hace rato que llora desconsolada. La mujer que tiene al lado, y que debe de ser su madre, no le hace ni caso, mira por la ventanilla, impertérrita. En un momento en que la chica se levanta para ir al lavabo, le pregunto si está bien y le ofrezco un vaso de agua o una tila. La sobrecargo, una argentina más dulce que un alfajor, me dice que la lleve al *galley* y, entre las dos, intentamos consolarla. La chica nos explica que está embarazada. El padre es un turista madrileño a quien conoció en un bar de Lima. Solo pasaron juntos una noche. La madre de la chica, una mujer muy religiosa, pretende que el chico se responsabilice de la situación. Por eso van de camino a España, para explicarle que será padre y exigirle que se case con ella. La sobrecargo y yo nos miramos de reojo, sin pestañear, con una sonrisa tensa y las aletas de la nariz muy abiertas. Todo irá bien, mentimos. Se ha bebido la tila del tirón y, un poco más serena, regresa a su asiento.

Cuando ya falta poco para llegar al destino, la sobrecargo me dice que vaya un momento a la cabina, que el comandante quiere hablar conmigo. Pienso que tiene que ser algo grave, o muy grave, si en mi segundo día el comandante me quiere ver en persona.

—Paloma, ¿verdad?

Asiento con cara de circunstancias.

—Escúchame bien. Otra vez estamos teniendo un pequeño problema para sacar las ruedas de aterrizaje, por lo que tendrás que colocarte entre la fila 25 y 26 y dar unos saltitos para ayudar a bajar el tren de aterrizaje. ¿Entendido? Gracias, Paloma.

Estoy aterrorizada. Aun así, me dirijo con decisión al lugar que me han ordenado. En estos momentos, trescientas vidas dependen de mí. Empiezo a dar saltitos simulando que quiero abrir un armario superior. Los pasajeros de la zona

me miran extrañados porque es evidente que no me hace falta saltar para llegar a abrirlo. Salto con más ímpetu, como si saltara a la comba. Soy plenamente consciente de que estoy haciendo el ridículo. Me recuerdo que lo hago para salvar vidas, pero también para conservar el trabajo. Antes de que la situación se enrarezca más, la sobrecarga se me acerca y me susurra al oído:

—El comandante me comenta que has superado con nota la novatada. ¡Lo has hecho rebién, mina! —Y me pellizca la espalda disimuladamente con una sonrisa sorda.

Cuando aterrizamos en el aeropuerto del Prat, los pasajeros aplauden. Me gusta pensar que nos aplauden a nosotros, por haberlos cuidado como si fueran niños pequeños en un entorno donde sus conocimientos, experiencias, másters o dinero, en caso de emergencia, no les habrían servido de nada. Pero, en realidad, aplauden porque están cansados y han llegado a destino sanos y salvos. En cuanto salgan de este avión, la mitad irán directos a abrazar a sus parejas o a sus hijos, se dejarán lamer las manos por sus perros y, cuando lleguen a casa, se comerán el túper que les hayan guardado de esa comida que tanto les gusta y se meterán en la cama sin saber si es de día o de noche. La otra mitad se dejará maravillar por el buen clima mediterráneo, las copas descomunales de sangría, los edificios modernistas y una basílica que parece hecha de lágrimas de arena fina.

Cuando todos los pasajeros han desembarcado, las azafatas nos cambiamos los zapatos de tacón bajo por los de tacón alto para caminar por el aeropuerto. Otra norma de la compañía. Tras pasar todos los controles, la tripulación se despide. El comandante me da las gracias por haberle echado un cable con el tren de aterrizaje, me da un codazo, y el resto ríe.

Antes de coger el tren para regresar a Palau, voy a un lavabo para quitarme el uniforme de azafata y confundirme entre los turistas y los locales. Me pongo unos tejanos y una camiseta blanca por dentro de los pantalones. Al deshacerme la trenza, mi pelo largo y rubio suelto parece una de esas melenas onduladas de los anuncios del Duty Free. En la primera toallita desmaquilladora dejo el rastro efímero de unos labios rojos y, en la segunda, el marrón de la base.

Debajo quedo yo, pálida por el cansancio, el *jet lag* y el vértigo de pensar que a partir de ahora esta es mi vida.

Septiembre, 2015

Propera parada: Passeig de Gràcia. Próxima parada: Passeig de Gràcia.

Carlota es una azafata con quien ya he coincidido tres veces y nos estamos empezando a hacer amigas. Acabamos de regresar de Santiago de Chile y las dos estamos cansadas e hipóxicas perdidas. Esto último solo lo entenderá la gente del gremio. La reducción de la presión atmosférica disminuye el rendimiento mental, reduce el juicio, la memoria y la capacidad de movimiento. Por eso, después de un vuelo largo, a los miembros de la tripulación nos cuesta contener las emociones y acabamos riendo por cualquier tontería. En Bellvitge ha entrado al tren un hombre que llevaba un perro dentro de una bolsa de Ikea, con cuatro agujeros para que el animal saque las patas para caminar. Cuando lo hemos visto, a Carlota y a mí nos ha dado un ataque de risa tan incontrolable que hemos tenido que cambiarnos de vagón porque

el resto de los pasajeros nos miraban indignados, como si la escena fuera lo más normal del mundo y las excéntricas fuéramos nosotras. Carlota es madre de tres hijos pequeños. Antes de bajar del tren me ha confesado que, antes de volver a casa, irá al cine. Lo hace siempre que vuelve de un vuelo transoceánico, pero su marido no lo sabe. Dice que es la transición que necesita para pasar de una vida a otra. Dejar de existir un par de horas para desprenderse de la azafata y dar paso a la madre, esposa, hija, amiga y vecina. Aunque la película no le interese, se obliga a implicarse en la trama. Es la mejor manera de vaciarse y coger fuerzas para hacer la transformación. Mientras me lo explica, no puedo evitar reírme por lo bajo. Me la imagino saliendo del cine con un maillot brillante, un casco supersónico y unas extensiones retráctiles y multitarea para darles la papilla a los gemelos, leerle un cuento a la mayor, poner lavadoras y secarse el pelo, todo a la vez. Me dice que no hace gracia, pero justo después de decirlo se echa a reír. Cuando llegamos al Clot, nos despedimos con dos besos. Carlota baja del tren y, un instante antes de que se cierren las puertas, pone los ojos en blanco para resumirme la semana que le espera.

Propera parada: Sant Andreu Comtal. Próxima parada: Sant Andreu Comtal.

Saco mi libretita de dibujo para esbozar a algún pasajero. Dibujar desconocidos es lo único que conservo de mis aspiraciones de ser pintora. Delante de mí va sentada una chica que me suena, pero no sé bien de qué. Podría ser mi modelo, pero se parece tanto a alguien que conozco que me desconcentro. Es bajita y tiene la piel ajada, llena de manchitas solares. Las canas que le caen sobre la melena negra me recuerdan a los hilos del encaje de bolillos que hacía mi abuela, cruzados y tensos por el peso de los majaderillos. La examino disimu-

ladamente, pero, entre que está de perfil y que lleva unas gafas de sol enormes, no puedo confirmar si es quien yo creo. Dos paradas más allá, cuando se quita las gafas y se enjuga los ojos húmedos de haber llorado, ya no me cabe duda: es Aída, la chica más popular del instituto. Siempre iba rodeada de un séquito de chicas a quien ella escogía con mucho esmero: tenían que ser lo bastante guapas para ser dignas de su presencia, pero no demasiado, para no eclipsarla. Las obligaba a imitar su peinado, su perfume, la gargantilla de raso y aquella manera de vestir, marca de la casa, con unos pantalones de tiro tan bajo que si no se depilaban la parte superior del pubis se les veía el vello.

El nombre de Aída le iba que ni pintado. La pronunciación de la «i» acentuada parecía obligarte a subir al pedestal donde ella se hallaba para besarle la mano cada vez que tenías que dirigirle la palabra. Y si, por error, alguien se equivocaba y la llamaba «Aida», sin acento, ella le obligaba a repetir su nombre hasta que lo pronunciaba correctamente.

He sabido que era ella por los ojos verdes. Todavía conservan aquel verde oscuro y translúcido que siempre me hacía pensar en una botella de cava vacía. Años atrás yo envidiaba aquellos ojos, pero, hoy, verlos llorar me estremece.

—¿Aída? —me esfuerzo por pronunciar bien la «i» para que no se enfade: veinte años después todavía me impone.

—¿Nos conocemos?

—Soy Paloma. Íbamos juntas al instituto.

—Ah... ¿sí? Perdona, ahora no...

—¿Quieres un clínex?

—Gracias. —Se suena sonoramente.

La Aída del instituto nunca se habría sonado la nariz sonoramente.

—Íbamos juntas al B, pero no éramos de la misma pandilla.

–Tienes cara de cansada. ¿De dónde vienes?

No me puedo creer que tenga la jeta de decir que soy yo quien tiene cara de cansada.

–Vengo de Chile. Soy auxiliar de vuelo. ¿Y tú? ¿Qué haces? Quiero decir... ¿A qué te dedicas?

Aída gira la cabeza para mirar el paisaje huido del otro lado de la ventana. Se pinza los ojos con el índice y el pulgar. No quiere que la vea llorar.

–Oye, ¿estás bien?

Niega con la cabeza. En otra época, me habría satisfecho verla tan devastada, pero hoy, por algún motivo inexplicable, no soy capaz de alegrarme.

–¿Qué te pasa?

Aída saca un vestido horroroso de la bolsa: es un tubo de leopardo con unas cadenillas que cuelgan en la zona de las caderas.

–Me acaban de pillar robándolo en el Primark. ¿Y sabes qué es lo peor de todo? Que ni siquiera me gusta.

–Sí, no es muy bo...

–Le he quitado la alarma en el probador –me corta Aída–. Siempre llevo un imán de nevera encima, por si me gusta algo, pero parece que el vestido llevaba otra alarma escondida dentro de la etiqueta y cuando he salido... El seguridad me ha llevado a un cuartucho, una habitación oscura, y me ha obligado a darle en DNI si no quería que llamara a la policía... Y, después, el muy imbécil me ha agarrado del brazo y me ha arrastrado hasta la caja. Iba diciéndole a todo el mundo, en voz bien alta, que había robado aquel vestido y que era una ladronzuela. Ha sido horrible.

–Vaya...

–Y lo peor es que no sé ni por qué lo he hecho, porque mira que es feo. ¿A que sí?

—Un poco sí, la verdad.

—Es que ni eso me sale bien.

—Y dime, ¿a qué te dedicas cuando no robas?

—Soy masajista, pero hace unos meses que estoy en paro. Cerraron el centro donde trabajaba y ahora no encuentro nada. ¿Y tú qué? —Aída hace un intento de cambiar de tema sin demasiado interés—. ¿Estás casada? ¿Tienes hijos?

Digo que no con la cabeza.

—Yo tampoco, ni hijos, ni marido, aunque... —Parece dubitativa y se detiene antes de decir la frase siguiente. Por un momento, me vuelvo a sentir como la Paloma de hace unos años, que no era digna de sus palabras, pero entonces continúa—: Perdona... No estoy pasando por un buen momento. Salta a la vista, ¿no? —me dice enjugándose las lágrimas.

Me siento incómoda ante esta Aída tan vulnerable y las únicas palabras que me salen son:

—Lo siento.

—¿Y tú quieres tener hijos?

Solo alguien como Aída se atrevería a hacer una pregunta tan personal a una casi desconocida como yo. Definitivamente, no debe de haber cambiado demasiado en todo este tiempo.

—Pues no me lo he planteado demasiado, la verdad.

—Yo sí. Siempre he querido ser madre, pero se ha ido todo a la mierda.

A pesar de no saber de qué me habla, actúo como si lo supiera. A diferencia de ella, yo no soy tan atrevida para preguntarle qué ha pasado y, nuevamente, lo único que puedo decir es:

—Lo siento.

Me siento estúpida por no encontrar palabras más reconfortantes para consolarla, pero es que delante de ella vuelvo a ser la Oma insegura de la época del instituto y me bloqueo.

Me distraigo pensando que en Santiago de Chile son las tres de la tarde, cinco horas menos que aquí. En los dos últimos años me he convertido en una experta del sueño. Hago malabares para engañar a los ciclos circadianos. Hasta hace poco nunca me había parado a pensar en el impacto de la luz en mi cuerpo, y ahora es una de mis principales preocupaciones. Pese al respeto que me causa Aída, le propongo venir a cenar a casa. Así me obligaré a estar despierta hasta tarde y mañana quizá empezaré el día en condiciones. Sorprendentemente, acepta la invitación sin pensárselo. Me dice que no tiene nada mejor que hacer. Hace un mes que ha tenido que volver a vivir en casa de sus padres y no los soporta. Me imagino hasta qué punto debe de estar desesperada si ha accedido a cenar conmigo, la chica invisible del instituto.

Propera parada: Palautordera. Próxima parada: Palautordera.

De camino a casa, nos detenemos en Ca l'Enric. Compramoscientos gramos del mejor jamón, un bloque de micuit, un queso trufado, un semiseco y un paquete de tostaditas de sésamo. Desde que soy auxiliar de vuelo no me fijo demasiado en los precios. Quiero que Aída sepa que me va bien la vida.

Delante de casa, saco del bolso unas llaves de hierro que miden un palmo de largo. Aída me mira de soslayo intimidada. Me hace gracia que pueda pensar que estoy a punto de secuestrarla y dejarla morir en unas mazmorras oscuras y húmedas para vengarme del pasado. Cuando llegamos ante la verja de hierro forjado, Aída levanta la cabeza para contemplar la torre acabada en punta de la casa en la que vivo. Es una mansión modernista colosal desde todos los puntos de vista. Las hiedras trepan, enseñoreándose, por las paredes amarillas decoradas con baldosas azules. El jardinero tiene órdenes de desviar las plantas enredaderas solo en la zona

de las vidrieras, que refulgen con tonos verdes y rojos. La escalinata de la entrada evoca a damas antiguas arrastrando vestidos de seda que seguían las modas de París y, por si la estampa no fuera ya bastante portentosa, del garaje sobresale el morro de un Cadillac azul celeste metalizado.

—No es mi casa... —le aclaro mientras desactivo la alarma—. Es de mi tío, que es diplomático. Yo solo le hago de masovera. Mi tío siempre dice que las casas, si no se utilizan, se deterioran, y que está más tranquilo si vive alguien aquí.

—Ya...

Propongo cenar en el porche, hace una cálida noche de septiembre. Aída casi se rompe la crisma con los azulejos resbaladizos de la terraza, que forman el dibujo de un tablero de ajedrez gigante.

Abrimos un vino blanco de la bodega de mi tío. Es do-rado y tiene sabor a lichi y maracuyá. Cogemos el jamón haciendo pinza con los dedos y dejamos que la grasa se nos deshaga entre la lengua y el paladar, de lo tierno que está. ¿Quién es la reina ahora? Aída es una plebeya de quien me he apiadado y, por una noche, le mostraré cómo se hacen las cosas en palacio. Se pasará el resto de su vida recordando la magnificencia de esta velada. Lo único que puede hacer es comer y observarlo todo sin disimular, y yo me regocijo de placer. Abrimos una segunda botella de Gewürztraminer. Reconozco que he escogido este vino solo por cómo suena «Gewürztraminer»: es una palabra que huele a dinero.

—Cuando éramos adolescentes... ¿fui cruel contigo? Quiero saberlo.

Estamos borrachas. El regusto a hígado de pato en la boca me da fuerzas para responderle con total honestidad.

—No del todo, pero sí. Era una crueldad silenciosa. La indiferencia también es una manera de ser cruel, y tú en eso eras

una experta. Hoy, en el tren, ni siquiera sabías quién era; en cambio, yo he llegado a soñar contigo incluso muchos años después de haber acabado el instituto...

–¿Crees que fuiste feliz en aquella época?

–¿Yo? Sí, más o menos.

–A mí me lo parecías.

–Entonces... ¿te acuerdas de mí?

–Creo que empiezo a acordarme, pero es un recuerdo borroso.

–¿Y qué recuerdas?

–La sencillez.

–¡Vaya, hombre, gracias!

–Lo digo como un piropo, no me malinterpretes. Entonces no sabía qué era lo que envidiaba de la gente como tú, pero ahora sí. Con lo que teníais os bastaba y sabíais quiénes erais, cuando tocaba. Yo, en cambio, tengo la sensación de haberlo hecho todo a destiempo. O demasiado pronto o demasiado tarde. Siempre lo he hecho todo por los demás, por gustar. ¿Y quieres saber algo? Nunca me he bañado en una poza. Me parecía que no era propio de mí... Era el tipo de cosa que hacían los que iban al centro juvenil o a los boy scouts, y eso no ligaba con el personaje que me había construido. Demasiado *hippy*. Además, en mi casa tampoco eran así. Las únicas excursiones que hacíamos en familia consistían en ir al centro comercial, porque mis padres pensaban que estrenar ropa los hacía parecer ricos. Aún hoy sigo soñando con bañarme en una poza. Es un sueño que tengo.

El Gewürztraminer, con su nombre de mayordomo alemán, empezaba a darme órdenes:

Levántate.

Pon música.

Que sea cumbia.

Tiéndele la mano a Aída.

Bailad, bailad, bailad, ¡bailad!

Al cabo de tres canciones y con la copa de vino en la mano, Aída se queda parada y levanta el dedo. Dice que acaba de tener una idea, que dónde está el cuarto de baño y que ahora vuelve. Vuelve descalza y con el vestido de tubo de leopardo puesto. Le queda como un guante, una top model en horas bajas. Se pone a cuatro patas y camina moviendo los omóplatos como un guepardo sigiloso en medio de la sabana. De la risa, escupo el vino como un sifón.

—Sabía que algún día necesitaría este vestido y no sabía para qué. Debía de ser para esto. —Se tumba en el suelo y, con la mirada clavada en el techo, acaricia los azulejos acabados de encerar con el dorso de la mano—. Qué baldosas tan bonitas. —La voz se le va apagando—. Las más bonitas que he visto nunca... —Y unas lágrimas pequeñas y silenciosas como bolitas de mercurio le ruedan mejillas abajo.

Al día siguiente me despierto encajonada con el cuerpo de Aída en la *chaise longue* del porche, y eso que dentro de casa hay más de una docena de camas. Tengo un dolor de cabeza infernal. Me muevo a cámara lenta para no despertarla. Tengo que llegar a la piscina como sea. Un buen chapuzón siempre arregla las resacas. Me hundo con lentitud para no agitar el agua. Nos lo pasamos bien anoche. Esta Aída me cae bien. Al cabo de un rato, viene a la piscina para despedirse.

—Quería darte las gracias por ayer. Me fue muy bien. Lo necesitaba. Estaba, bueno, estoy hecha un trapo. Me sabe mal...

—Aída... He pensado que, si quieres, podrías instalarte aquí un tiempo. Tú no quieres vivir con tus padres y yo ya hace tiempo que pienso que necesito una masovera para la masovera, es decir, alguien que cuide de la casa cuando yo

estoy de viaje. —Sé que es una propuesta a todas luces precipitada, pero la verdad es que llevaba días pensando en cómo me lo montaría las próximas semanas, cuando vengan a hacer obras en la glorieta, porque yo no estaré—. Hay habitaciones y camas de sobra, catorce para ser exactos. ¿Te gustaría?

Traducción

Gemma Deza Guil (Barcelona, 1974) es humana y traductora licenciada. Ama traducir literatura para consónni, que le ha permitido explorar mentes como las de Montserrat Roig (*Tiempo de cerezas*, *La aguja dorada*), James Alan McPherson (*Espacio vital*) y Gemma Ruiz Palà (*Nuestras madres*, *Una mujer de tu edad*); disfruta ampliando horizontes de conocimiento con editoriales como Península (*Auge y caída del orden neoliberal* de Gary Gerstle) o Capitán Swing (*Más allá* de Stephen Walker), y adora corregir a otras traductoras y a otros traductores humanos que le han llevado a escalar montañas (con Akwaeke Emezi) y vadear ríos (*Y se oía a los grillos cantar* de Corina Sabău y *Autobiografía de un pulpo* de Vinciane Despret) que están configurando en ella un nuevo paisaje emocional y mental.

Imagen de cubierta

Cinta Fosch es ilustradora de prensa y editorial. Formada como historiadora del arte y grafista, concibe su trabajo como un horizonte de sentido. Sus dibujos son una apertura a un campo de pensamiento que escapa del decorativismo y la visión amable. Combina las colaboraciones para medios de comunicación y publicaciones con la creación de libros ilustrados y proyectos personales.

La colección **El origen del mundo** rastrea otras formas de pensar, sentir y representar la vida. Resignificamos el título del conocido cuadro de Courbet desde una mirada feminista e irónica, para ahondar en la relación entre ciencia, economía, cultura y territorio. Literatura que especula, ficciona y disecciona realidades. Sumergidas en la turbulencia, amplificamos ideas contagiosas y activamos teorías del comienzo.

Grupo asesor

Esta colección se gestó inesperadamente en una comida de cumpleaños de una amiga, a partir de la insistencia por traducir y publicar otras voces. Fieles a este espíritu original, conformamos un grupo asesor en contenidos. No un reducido comité de expertos, sino una muestra de la comunidad amplia y diversa a la que apelamos. Conformamos así una sociedad no secreta con la que compartir conocimientos, a la que escuchamos propuestas. Algunas se publican en esta colección o saltan a otra, algunas se quedan en la recámara, otras no serán. Queremos visibilizar este apoyo y asesoramiento generoso y muchas veces informal, que muchas de vosotras nos vais proporcionando. Entre otras inspiraciones, en 2026 este grupo flexible que nos ha propuesto contenidos ha estado principalmente compuesto por:

Ixiar Rozas, Maielis González, Leire Milikua, Helen Torres, Maria Ptqk, Blanca de la Torre, Teresa López-Pellisa, Elisa McCausland, Rosa Casado, *Pikara Magazine*, Arantxa Mendiharat, Arrate Hidalgo, María Navarro, Remedios Vincent, Daniel García Andújar, Verónica Gerber Bicecci, Iván de la Nuez, Alicia Kopf, María Colera, Cabello/Carceller, Cristina Ramos González, Rosa Llop, Claudio Iglesias, Constantino Bértolo, Tamara Tenenbaum, Tania Pleitez, Marta Rebón, Rakel Esparza, Lilian Fernández Hall, Mariano Villarreal, Jorge Carrión, Beñat Sarasola, Katixa Agirre, Goizalde Landabaso, Uxue Alberdi, Carlos Almela, Txani Rodríguez, Mónica Nepote, Laura Casielles, Itzea Goikolea Amiano, Ana González Navarro, Mercedes Melchor, Luz Gómez, Georgina Monge López, Leire Bilbao, Elena Medel, Elisabeth Massana, Beñat Saratxaga...

La artista de la imagen de cubierta ha sido sugerida por el escritor y crítico literario Jorge Carrión.

www.consonni.org

Producimos y editamos cultura crítica

El origen del mundo

Se terminó de imprimir por Cosmos Gráfico, en Cambre, Galiza, el 7 de abril de 2026, en el aniversario del nacimiento de William Wordsworth (1770), poeta romántico que convirtió la naturaleza en experiencia moral; de Charles Fourier (1772), pensador socialista utópico que imaginó comunidades cooperativas frente al capitalismo industrial; de Flora Tristán (1803), escritora y activista franco-peruana, pionera del feminismo obrero e internacionalista; de Gabriela Mistral (1889), poeta y pedagoga chilena, primera persona latinoamericana en recibir el Nobel de Literatura; de Marjory Stoneman Douglas (1890), periodista y ecologista estadounidense que defendió los Everglades y el sufragio femenino; de Billie Holiday (1915), cantante de jazz que hizo de la voz un territorio de memoria y denuncia; de Ravi Shankar (1920), maestro del sitar que tendió puentes entre la música clásica india y el mundo; de Gabriella Morreale (1930), científica italo-española fundamental para la endocrinología y la salud pública; y de Colette Besson (1946), atleta francesa cuya victoria olímpica en 1968 amplió el horizonte del deporte femenino. Por mencionar tan solo a algunas de las muchas activadoras de comienzos.